

Benjamín Martín Sanchez
Profesor de Sagrada Escritura

PEDRO, PRIMER PAPA
De Pedro a Juan Pablo II



*“Tú eres Pedro y sobre esta
piedra edificaré mi Iglesia...”*
(Mt. 16,18)

EDICIONES ALONSO	DISTRIBUCIONES CODESAL
Esparteros, 4	Recaredo, 34
MADRID - 12	SEVILLA - 3

D. L. GR. 803-97
ISBN 84-7770-367-1
Impreso en CGA
Printed in Spain
Impreso en España

A mis lectores

Aquí tenéis un libro que trata de la vida del apóstol Pedro, primer Papa, que sufrió el martirio en Roma bajo el imperio de Nerón.

También podéis ver el catálogo o lista de los Papas que ha habido desde San Pedro a Juan Pablo II, y como Jesucristo (quien acreditó su misión divina con innumerables milagros y profecías) fue el que eligió a Pedro y le confirió el Primado poniéndolo al frente de su Iglesia y dándole la autoridad suprema, la infalibilidad y la inmortalidad.

Leyendo este libro te darás cuenta de uno de los capítulos más importantes de la Historia de la Iglesia y comprenderás como los Romanos Pontífices son sucesores de San Pedro, y los obispos sucesores de los apóstoles, y como éstos y sus "colaboradores" los sacerdotes, unidos al Papa, forman la Iglesia docente, obra maravillosa que habla del amor de Dios a los hombres, a los que pretende llevar su salvación, a todos sin excepción y por eso se llama Católica o Universal.

Esta Iglesia fundada por Jesucristo es la misma en la sucesión continua de los pastores, la misma con relación a la forma sensible de gobierno... y todos los miembros de esta Iglesia Católica, Apostólica y Romana tienen unidad de fe, de régimen y de sacramentos.

Dichosos los que pertenecen a ella y especialmente los llamados al sacerdocio de Cristo para ser cooperadores en la misión por El confiada a ésta su Iglesia indefectible o permanente hasta el fin de los siglos.

Zamora, 10 de mayo 1980

Benjamín Martín Sánchez



Fundación de la Iglesia

La figura central de la Biblia es Jesucristo. El es el Dios hecho hombre en quien confluyen todas las profecías, pues "de El dan testimonio todos los profetas" (Hech. 10.43). En la Biblia aparece Jesucristo como el fundador de la Iglesia, la cual quiso fundar de un modo inmediato y personal durante el tiempo de su vida sobre la tierra, pues El puso los fundamentos substanciales de la misma en cuanto a la doctrina, al culto y a su constitución. Y por ser El también Dios, la Iglesia es una obra divina.

Cristo, el Hijo de Dios (el que es igual al Padre por la naturaleza y que existe desde que el Padre existe, o sea, desde la eternidad, del mismo modo que el esplendor del sol sería eterno, si el sol también lo fuese), quiso venir a este mundo por medio de la Virgen María, y así hacerse hombre y vivir entre los hombres con la misión de salvarlos. Y ¿qué hace a este fin? Fundó su Iglesia, empezando por elegir discípulos a los que llamaría "Apóstoles".

“Venid en pos de Mí, seguidme”, dijo a Pedro y Andrés, su hermano, a Santiago y a Juan... a Mateo... a Felipe... y os haré pescadores de hombres. Y aquellos pescadores de Tiberíades, dejadas las redes, le siguieron (Mt. 4.18-22).

De los doce, que completaron el colegio apostólico, Jesucristo puso como jefe a Pedro; que luego vino a ser el primer Papa, el jefe supremo de su Iglesia (Jn. 1.42; Mt. 16.17-19).

“No eran ángeles quienes habían de servir a los hombres: el gobierno de su Iglesia sería puesto en manos de seres humanos”. A ellos les daría la misión de ir por todo el mundo enseñando a todas las gentes su doctrina salvadora, y luego les comunicaría ciertos poderes que El mismo había traído a la tierra. Con la misión de predicar su Evangelio entre las naciones, pretendía lograr la conquista moral del mundo entero. Sus apóstoles habían de ser “luz del mundo” y “sal de la tierra”...

Los 12 Apóstoles

La elección de los apóstoles o institución del colegio apostólico es un hecho de capital importancia, un paso decisivo en orden a la fundación de su Iglesia, que bien merece contarse, según nota el escriturista Fillión, entre los puntos culminantes de la vida del Salvador.

Después de haber recorrido Jesús por los pueblos de Galilea sembrando su sublime doctrina, El necesitaba obreros celosos que pudieran continuar su misión.

La Iglesia por El fundada venía a ser como un campo que requería sembradores y segadores, y como sociedad o cuerpo místico que iba a ser, debía tener continuidad y era necesario que tuviera una Cabeza y unos miembros.

La noche que precedió a la elección, el Señor la pasó orando en el monte, y cuando fue de día, llamó a sus discípulos y escogió a doce de ellos, a los que vio más aptos para las funciones que les iba a confiar y les dio poder de sanar enfermedades y de lanzar demonios (Lc. 6.12-16; Mt. 10.1 ss).

Los evangelistas citan los nombres de los doce apóstoles, figurando Pedro el primero de todos en sus listas, testimonio de verdadera preeminencia. Estos fueron:

Simón, a quien llamó Pedro, y Andrés su hermano, Santiago y Juan, Felipe y Bartolomé, Mateo y Tomás, Santiago hijo de Alfeo, Simón llamado el Celotes, y Judas hermano de Santiago.

Y Judas Iscariote, el cual vino a ser un traidor (Luc. 6.12).

Del que más sabemos es de Pedro. Se le menciona 195 veces; al resto de los apóstoles 130 veces...

Pedro era natural de Betsaida (Jn. 1.44), junto al lago de Genesaret o Tiberíades. Era un obrero, tenía el oficio de pescador. Se estableció en Cafarnaum (Mc. 1.21.29). Estuvo casado, pues los Evangelios nos dicen que tenía suegra (Mt. 8.14), vivía con su hermano Andrés de la pesca (Mt. 4.18). Siguió luego a Jesús, quien hizo que fuera testigo privilegiado de la resurrección de la hija de Jairo (Mc. 5.37), de la transfiguración (Mc. 9.1-5) y de la agonía de Getsemaní (Mc. 14.33). Escribió dos cartas que llevan su nombre.

El cambio de nombre

El nombre originario de Pedro era Simón, pero le fue cambiado por el de Cefas.

Cuando Simón fue presentado a nuestro Señor,

“Jesús le miró y dijo:

Tú eres Simón, hijo de Jonás; serás llamado Cefas, que quiere decir “piedra” (Jn. 1.42)

En la Biblia cuando Dios cambia el nombre de un hombre es para elevarle a una dignidad superior y a un papel más importante dentro de la comunidad a que pertenece.

La palabra “Cefas” en arameo significa “piedra”, “roca”. Las dos palabras “Pedro y Cefas” eran idénticas en arameo, y tenían dicho significado de “piedra o roca”.

Era como si nuestro Señor hubiera dicho a Pedro: “Eres impulsivo e inconstante y no puede confiarse en ti, pero vendrá un día en que todo será diferente; serás llamado por un nombre que nadie se atrevería a darte: el de Roca”.



—De ahora en adelante, serás llamado Pedro.

Retrato de Pedro

La condición de Simón Pedro, chocante por sus altibajos, como nota el Cardenal Fulton Sheen, se retrata en varios episodios de la vida del Salvador. El príncipe de los apóstoles era resuelto y a la vez vacilante, audaz y tímido, impulsivo y generoso...

Cuando se le llama "Simón" en los Evangelios, es para hacer resaltar la naturaleza humana no regenerada y no inspirada; por ejemplo, cuando estaba durmiendo en el huerto, y nuestro Señor le dijo: **Simón, ¿estás durmiendo?** (Mc. 14.37).

Pedro poseía por naturaleza grandes cualidades de guía. Por ejemplo:

— Después de la resurrección de Jesús, cuando dijo: "Voy a pescar", los otros apóstoles le siguieron (Jn. 21.3).

— Su valor moral se manifestó cuando abandonó su ocupación y su casa, para seguir al Maestro (Mc. 1.16-18, 19.27 s).

— El mismo valor, expresado de manera impetuosa fue el que hizo cortar la oreja a Malco

cuando fueron a prender a nuestro Señor (Jn. 18.10).

— Era también un hombre jactancioso, puesto que juró que, aunque otros traicionaran al Maestro, él no lo haría (Mt. 26.33-35).

— Poseía un profundo sentido del pecado, y pidió al Señor que se apartara de él a causa de su indignidad (Lc. 5.8).

Sus mismas faltas le hacen más amable aún.

— Sentía un profundo afecto hacia su Maestro. Cuando otros discípulos se marcharon, él sostuvo que no había ningún otro a quien pudieran seguir: “¿A quién iremos, si tú tienes palabras de vida eterna? (Jn. 6.68).

— Era impulsivo en grado sumo, guiado más por el sentimiento que por la razón. Quería caminar sobre las aguas, mas, cuando se le hubo dado el poder de hacerlo, se asustó y gritó de miedo... él, que era hombre de mar (Mt. 14.30).

— Era un hombre exagerado, que protestó cuando el Salvador quería lavarle los pies (Jn. 13.6-8).

Pedro, como veremos, profesaba ardiente amor a su Maestro, y, con todo, después de haber intentado temerariamente defenderle con la espada, renegará de él cobardemente (Mt. 26.70).

A pesar de tantos defectos, por medio del poder de su divino Maestro, Pedro, el hombre impetuoso, fluido como el agua, se convirtió en la roca sobre la cual Cristo edificaría su Iglesia. El día de Pentecostés con la venida del Espíritu Santo será el gran

apóstol que fortalecerá en la fe a sus hermanos.

Desde entonces a este mismo Pedro, que siempre tentaba a nuestro Señor para apartarle de la cruz, demostró ser una roca de fidelidad, ya que más adelante, el tema constante de sus cartas había de ser la cruz de Cristo.

“Antes bien, regocijaos en la medida en que sois participantes de los padecimientos de Cristo; para que también cuando su gloria fuere revelada, os regocijéis con gozo extremado” (1 Ped. 4.13)

¿Quiénes eran los apóstoles?

Tanto Pedro como los demás apóstoles eran sencillos, ignorantes como pescadores; pero no vivían miserablemente pues poseían sus barcas y redes, y el Zebedeo alquilaba criados... Representaban a una clase media trabajadora, que pasaba la noche surcando el lago y por la mañana arreglaban personalmente sus redes...

De esta clase de hombres se valió el Señor para fundar su Iglesia, y a los que fue llamando para el apostolado; los unos eran bien intencionados y piadosos, trabajadores y honrados como Pedro, Andrés, Santiago y Juan, otros eran pecadores como Mateo, otros perseguidores de la Iglesia, como Saulo...

A todos los iría formando en su escuela hasta que las lacras de sus pecados fueran desapareciendo. Más tarde les daría el poder de perdonar los pecados de sus hermanos los hombres; diciéndoles: **“A quienes perdonéis los pecados, les serán perdonados...”** (Jn. 20.23).

Todos ellos fueron correspondiendo al llamamiento del Señor... Al ver que Dios también llama a los "pecadores" para su ministerio, conviene notar que el pecado es lo único nuestro y lo bueno viene de la gracia. El mal de nuestra libre voluntad. Dios ama al pecador, pero detesta el pecado.

"Jesucristo escogió a doce..." San Agustín comentando estas palabras, dice: "¡Oh misericordia inmensa del Arquitecto divino! Sabía que si escogía a un senador, éste le diría: He sido elegido por causa de mi dignidad; si hubiera escogido a un rico, este rico le habría dicho: Mi fortuna es la que me ha hecho elegir; si se hubiera dirigido a un rey, éste habría pensado: Mi poder ha hecho recaer en mí la elección.

Un orador habría creído que a su elocuencia debía el ser elegido; un filósofo lo hubiera atribuido a su sabiduría. Traedme luego aquellos pescadores. Venid, vosotros, pobres; nada tenéis, nada sabéis, seguidme; dejad de ser pescadores de peces. Los pescadores dejan sus redes, reciben la gracia y se convierten en mensajeros de la buena noticia; bien pronto el universo oye la voz de los pescadores, lee sus cartas, les obedece, y los grandes oradores, los sabios, los ricos y los reyes inclinan la frente y se someten" (Civit. Dei).

Dios, dice San Pablo a los corintios, ha escogido los menos entendidos según el mundo, para confundir a los sabios; ha escogido a los débiles según el mundo, para confundir a los fuertes; ha escogido

a los más viles, a los más despreciables según el mundo, y a los que no eran nada, para vencer a los a los más grandes; y esto a fin de que ningún hombre se jacte delante de El (Cor. 1, 27-29).

Si Jesucristo, pues, hubiera elegido a hombres ricos y poderosos para el apostolado ministerial en su Iglesia, no hubieran faltado quienes dijeran: Esto es obra del poder humano y de las riquezas; pero no es así. Dios escogió a los menos sabios según el mundo, a los menos poderosos, a los últimos del pueblo, a fin de manifestar que su obra era divina. Más tarde niños y jóvenes y débiles vírgenes vencerán a los reyes, a los tiranos y a los suplicios.

Los apóstoles modelados en la escuela de Cristo y llenos de su Espíritu vienen a vivir en el mundo, sin ser del mundo, y viven pobres, desprendidos de los bienes de la tierra... Eran antorchas que brillan por el buen ejemplo. Vivían y morían por el bien de las almas...

Los apóstoles son los colaboradores de Cristo en la fundación de su Iglesia, sus predicadores, los defensores de la verdad, los guías seguros del pueblo cristiano..., los testigos de Cristo hasta los confines de la tierra (Hech. 1.8).



—Tú eres Cristo, el Hijo de Dios vivo.

La confesión de Pedro

Jesucristo para fundar su Iglesia empezó allegando a sí las ovejas dispersas de Israel y luego les preparó pastores, instituyendo el colegio apostólico, es decir, una vez que formó un grupo de creyentes, de los que le seguían y profesaban su doctrina, les nombró apóstoles para su gobierno espiritual.

Después dio otro paso definitivo para la institución y perpetuidad de la Iglesia, que consistió en buscar a uno para reemplazarle a El mismo cuando dejara la tierra y a este fin eligió un Vicario que de manera visible le representase a El, y no sólo por algunos años, sino por todos los que durase este mundo, y así diría más tarde a Pedro y demás apóstoles: **Yo estaré con vosotros hasta el fin de los siglos (Mt. 28.20).**

Este acontecimiento era de importancia suprema, por cuanto con él nace el papado.

Jesús empieza haciendo una promesa, semejante a la de la Eucaristía; pero a su hora llegará la realización, y Jesús, antes de subir al cielo, dejará

claramente designado su representante y le otorgará plenos poderes.

* * *

Cerca de Cesarea de Filipo, hoy día Banaiás, ciudad de la falda meridional del gran Hermón, próxima a una de las fuentes del Jordán, Jesús hizo a sus apóstoles esta inesperada pregunta: **¿Quién dicen los hombres que soy yo, el Hijo del hombre? (Mt. 16.13).**

De sobra conocía nuestro Señor las opiniones y conversaciones del pueblo respecto a El. Si hacía esta pregunta era para preparar otra de mayor momento y con ella ofrecer a los discípulos la ocasión de confesar por boca de Pedro su fe en el Hijo de Dios.

La respuesta, pues, fue bien sencilla: **“Los unos dicen que eres Juan el Bautista; los otros que Elías, y los otros que Jeremías o uno de los antiguos profetas, resucitado.”**

“Y vosotros —repuso el Salvador—, ¿quién decís que soy yo?” Ellos, por contraposición a la masa popular más o menos irreflexiva; ellos, sus íntimos, sus confidentes, que le han contemplado de cerca por varios años y le conocen como nadie más puede conocerle, ¿qué piensan de El?

Cuando Jesús les preguntó cuál era el parecer del pueblo, todos hablaron; ahora que desea conocer su opinión personal, Pedro se adelanta a

todos y exclama: “Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo” (Mt. 16.16).

Notemos que dice “el Cristo”, esto es, el Mesías, el centro de la historia hebrea y de la del mundo, el redentor universal. Además dijo que El era “el Hijo de Dios vivo” proclamando así su origen y naturaleza divina.

Cristo es el Hijo natural de Dios. Decir “Hijo natural de Dios” es lo mismo que decir que El era Dios, al igual que cuando decimos que el hijo natural de un hombre es hombre. Cristo tiene la misma naturaleza divina que el Padre, es decir, es Dios desde la eternidad, el cual quiso hacerse hombre en el tiempo para salvar a los hombres.

* * *

Notemos también que Cristo, que es el “Hijo de Dios”, quiso llamarse “el Hijo del hombre”. El se dio este título, porque aparece entre los hombres como hombre por excelencia, modelo entre los hombres.

Cristo en cuanto hombre, tiene en la tierra el mismo poder que Dios tiene en el cielo, y así dijo: **Se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra** (Mt. 28.20).

Todo nos dice que Jesús es Dios y hombre a la vez.

El mismo Jesús se consideraba “el Hijo de Dios” en un sentido único e incommunicable. El, la Palabra

del Padre, procede del Padre desde la eternidad, y procede de El como el pensamiento y la palabra proceden de un hombre.

La Palabra del Padre es eterna como El y ha vivido y vive en el Padre eternamente, sin separarse de El.

Con la expresión “Hijo de Dios” entendieron los enemigos de Jesús, que era proclamarse Dios, y por esto resolvieron hacerle morir **“porque llamaba a Dios su Padre, haciéndose igual a Dios”** (Jn. 5.18); algo más tarde le acusan nuevamente de blasfemar **“porque, siendo hombre, se hacía Dios”** (Jn. 10.33), y bajo esta misma fórmula de “Cristo, Hijo de Dios”, le declararán al fin digno de muerte por crimen de impiedad (Mt. 26.65).

En consecuencia, las palabras de Pedro o respuesta dada a Jesús, son una expresión clara, firme y auténtica de su divinidad.

Primacía de Pedro

A la noble confesión de fe de Pedro va a responder Jesús con otra confesión magnífica, que desde hace casi veinte siglos produce frutos maravillosos en la Iglesia cristiana:

Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque ni la carne ni la sangre te ha revelado esto, sino mi Padre, que está en los cielos. Y yo te digo que tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Y yo te daré las llaves del reino de los cielos, y todo lo que atares en la tierra, atado será también en los cielos, y todo lo que desatares en la tierra, será también desatado en los cielos (Mt. 16. 17-19).

Jesús, por estas palabras, hace una promesa a Pedro, la de fundar una Iglesia o nueva comunidad religiosa, de la que él será el Primado.



-Y yo te digo que tú eres Pedro...

Después de confesar el apóstol la mesianidad y divinidad de Cristo, en correspondencia El le designa como piedra fundamental de la Iglesia, que es de un modo especial el reino de los cielos que está constituyendo y que declara inmortal e imperecedera.

La promesa que hace aquí a Pedro, a quien constituye cabeza de los demás apóstoles y supremo rector de su Iglesia, va dirigida a la vez a sus sucesores. Pedro, como persona, tiene que morir, mientras que la Iglesia de Cristo ha sido instituida para durar hasta la consumación de los siglos (Mt. 28,20), y por tanto su misión tiene que pasar a otros. Como dijo Bossuet: "Tiene que haber siempre un Pedro en la Iglesia para confirmar a sus hermanos".

Fijémonos en estas tres metáforas:

1ª Pedro es piedra (Este significado tiene el nombre de Pedro, en arameo **Kefa**. Y ya antes le había dado este nombre: **Tú te llamarás Cefas** (Jn. 1,42). Y sobre esta piedra, dijo Jesús, **edificaré mi Iglesia**, es decir, sobre Pedro descansa y fundamenta la Iglesia de Cristo, pues Pedro con su autoridad da unidad, estabilidad y firmeza a toda ella.

2ª Pedro es depositario de las llaves del reino de los Cielos, siendo respecto de la Iglesia lo que un dueño respecto de su casa. **Las llaves**, entre los antiguos, eran símbolo de poder. A quien se le entregaran las llaves de una ciudad, se le daba el



poder de gobernarla.

3^a **Atar y desatar.** Esta es una metáfora, que equivale al poder de las “llaves” (cerrar y abrir), esto es, en el cielo el mismo Dios ratifica las decisiones tomadas por Pedro en la tierra en nombre y por virtud de Cristo. Pedro, pues, y por lo tanto el Romano Pontífice, como sucesor suyo, tiene el poder legislativo, judicial y punitivo.

Notemos que Jesús dice en singular: “MI Iglesia”, y por tanto la Iglesia por El fundada es una y única.

Las puertas del infierno, es decir, los poderes o fuerzas hostiles a la causa de Dios, así como las herejías y persecuciones no prevalecerán contra ella.

Claridad de las palabras de Jesús

Sobre esta piedra edificaré mi Iglesia... (Mt. 16,18). Varios protestantes, al ver la claridad de este texto, intentaron negar su autenticidad; pero no han conseguido llevar a cabo sus afirmaciones, porque éstas están en contra de todos los códices y versiones antiquísimas, y los autores más antiguos de la cristiandad, que unánimemente leen el texto como lo ha leído siempre la Iglesia.

Al no lograr desaprobado la autenticidad, recurrieron a intenciones caprichosas, que al decir Jesús "sobre esta piedra", ¡se indicó a sí mismo!; pero ¿quién no ve que esto es violentar las palabras del texto? Así lo ha reconocido últimamente Oscar Cullman, figura destacada del protestantismo.

El sentido obvio del texto nos dice que tanto la prerrogativa "fundamento" como las dos siguientes expresadas por las metáforas de "abrir y cerrar" y de "atar y desatar", van dirigidas a la persona de Pedro.

Dicen también que Cristo es la piedra principal

de su Iglesia, y esto es cierto, como también es el supremo Pastor; mas esto no excluye el que lo sea también Pedro por participación como "Vicario" que hace sus veces.

La Iglesia, como sociedad **visible**, necesita una **cabeza visible**, y ésta es Pedro o el Papa, su sucesor, desde el momento que Jesús subió al cielo, y ¿quién, sino un ciego, puede negar que el Papa es la **cabeza visible** de la Iglesia, de todos sus miembros, quién se ha manifestado a través de todos los siglos, y últimamente ante el mundo con Juan Pablo II, quién se ha proclamado y han proclamado las multitudes "Vicario de Cristo" en sus viajes al continente americano, a Polonia, a Irlanda, Estados Unidos, Africa, etc.?

El Papa, pues, es la cabeza visible de la Iglesia de Cristo. Toda la Iglesia descansando sobre un solo hombre: Pedro, **sobre esta piedra...** He ahí el plan divino. Es sencillo y atrevido; pero así se nos habla de la creación del Papa y de la Iglesia en el Evangelio.

La Iglesia es una institución positiva, que depende de Dios, no de los hombres. Al darle un Jefe, no nos consultó Jesucristo sobre la naturaleza del poder que le confirió. Todo lo hizo El solo, como rey, como Dios sin la intervención de los hombres. Y lo que El hizo nadie puede destruirlo, ni nadie puede cambiarlo.

Muchos hay que suelen atacar a la Iglesia, pero yo les diré como Melancton dijo un día: "Los

herejes son los martillos que van dando golpes sobre el yunque, que es la Iglesia, ellos se van haciendo añicos, pero la Iglesia sigue en pie”.

En consecuencia: Jesucristo instituye el Papa, lo coloca a la cabeza de su Iglesia, y le da, como veremos, la autoridad suprema, la infalibilidad y la inmortalidad.

De Pedro a Juan Pablo II

Juan Pablo II es sucesor de Pedro. Murió Pedro, mas no el Papa, porque el Papa es cimiento de un edificio que ha de existir hasta el fin del mundo.

El Papado quedó ligado íntimamente a la Sede Romana, porque como nos dice la Historia, Pedro murió siendo obispo de Roma, y por lo mismo el Papa es reconocido como obispo de Roma y pastor universal de la Iglesia.

Los santos Padres le ensalzan como Primado de la cátedra apostólica, como fuente de la unidad, como cabeza del episcopado, que goza de jurisdicción verdadera y universal a la que están sometidos todos los miembros de la Iglesia, los fieles, los sacerdotes y los obispos.

Según la tradición apostólica apoyada en la Escritura, San Pedro fue no sólo cabeza del colegio apostólico sino el pastor de la Iglesia universal, y el Romano Pontífice como sucesor de este príncipe de los apóstoles, tiene como él autoridad y jurisdicción sobre toda la Iglesia, y todos los fieles sin

excepción le deben respeto y obediencia.

Tal es la definición del Concilio de Florencia, y después del de Trento y de los últimos el Vaticano I y II, que han dicho claramente que el Soberano Pontífice es el verdadero Vicario de Cristo en la tierra y que tiene la potestad suprema sobre todo el orbe.

Porque esta doctrina es la base de la unidad y catolicidad de la Iglesia, no han faltado teólogos de diversas sectas que, por quererla desfigurar, se han atrevido a negar el Primado de Pedro y que hubiera estado en Roma; mas contra sus asertos gratuitos tenemos innumerables pruebas hasta de racionalistas y protestantes.

Estancia de Pedro en Roma

He aquí varios testimonios:

Primeramente el del racionalista **Harnack**, quien afirma que “no merece el nombre de historiador quien se atreve a ponerlo en duda” (*Chronologie I*, 244, nota, 2).

Contra los protestantes que se atrevieron en nuestro siglo a negar el poder del Papa y que jamás estuvo en Roma, hemos de decir que se han levantado contra ellos otros distinguidos protestantes como **Puffendorf**, **Scaligero**, **Basnage**, **Newton**, **Leibniz** y varios más que han afirmado el hecho del pontificado de San Pedro en Roma con pruebas históricas, tal como lo han confirmado los católicos mismos. **Basnage** dijo: “El martirio de Pedro y Pablo en Roma bajo el imperio de Nerón es un hecho incontestable”.

El mismo **Calvino** dice que la unanimidad de los historiadores no le permite atreverse a negarla.

La tradición unánime y constante dice que San Pedro residió en Roma y allí murió. Aún no se conoce un solo escritor cristiano de los primeros tiempos, obispo o historiador, que haya negado la

residencia y la muerte de San Pedro en Roma. Y si no murió en Roma, ¿cómo se explica que, después de los siglos apostólicos se veneren allí su tumba y sus reliquias? ¿Por qué nos dice la historia que en el año 306, Constantino edificó en Roma una basílica sobre la tumba del apóstol Pedro?

Es cosa cierta que San Pedro fue obispo de Roma unos veinticinco años discontinuos. De su presencia en Roma (a. 42-67) y de su martirio en ella, tenemos muchos testigos.

Cuando San Pablo escribió a los romanos, no había estado todavía en Roma; lo que dice expresamente (1,13) y sin embargo les escribió que su fe estaba anunciada por todo el mundo (1,8; 15,22). Luego la Iglesia de Roma, estaba fundada antes que San Pablo apareciese en ella. ¿Quién era su fundador sino San Pedro?

— El mismo **San Pedro** escribe en una carta (hacia el año 65): “Os saluda la Iglesia de Babilonia... (1 Ped. 5,13). Los cristianos daban entonces a Roma el nombre de Babilonia, porque se parecía a ella por su grandeza e inmoralidad.

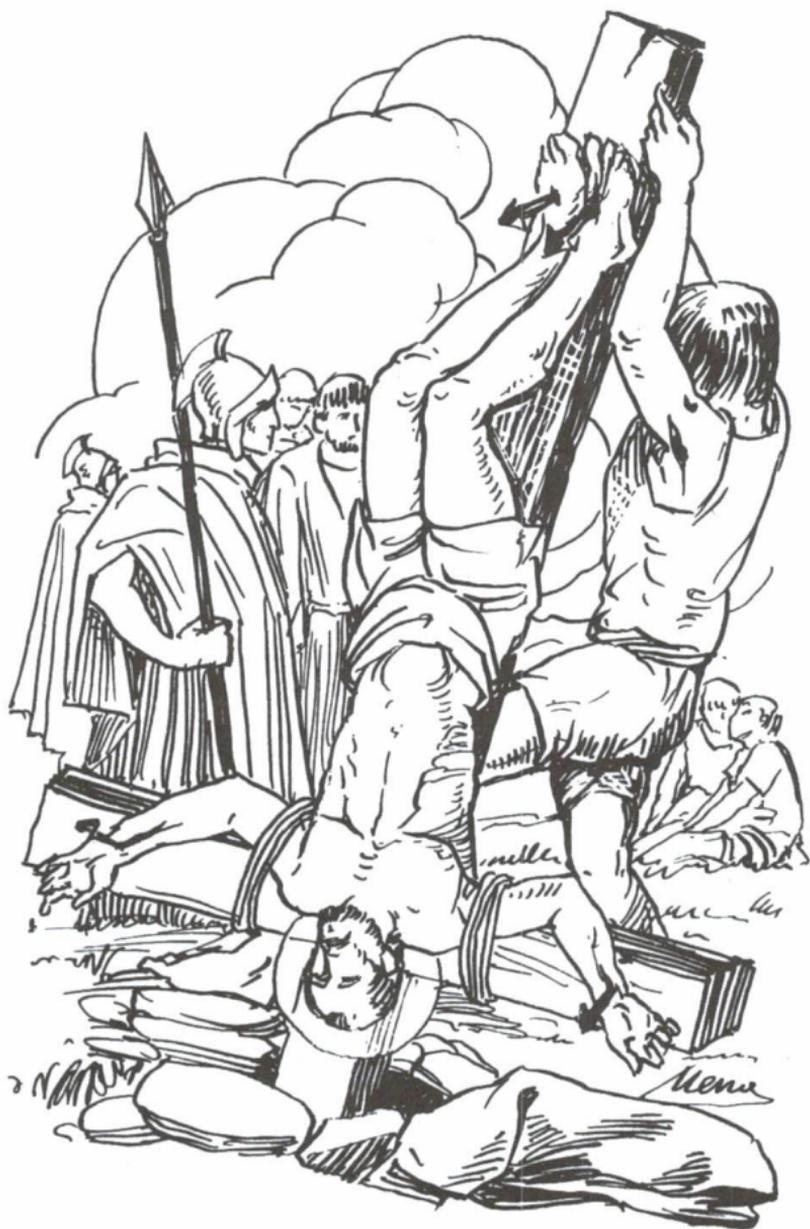
— **San Clemente Romano**, Papa, sucesor de Pedro, dice que conoció a éste, y que fue martirizado con San Pablo en Roma y una innumerable muchedumbre de escogidos. (Esto lo escribe poco antes del año 100). Y además sabemos que la Iglesia de Roma tenía su preeminencia y superioridad sobre las demás por las cartas de San Clemen-

te a los corintios. Por contiendas que surgieron en Corinto, entre el clero y el pueblo, acudieron para aquietarlas, no a San Juan apóstol, que vivía en Efeso, sino al obispo de Roma, Clemente y su carta fue de gran efecto en Corinto.

— **San Ireneo**, obispo de Lyon hacia el 180 afirma que la fundación de la Iglesia de Roma es obra “de los gloriosísimos apóstoles Pedro y Pablo”, y cita como sucesores de Pedro a Lino, Cleto, Clemente y otros hasta su época. Y afirma que San Clemente, por su carta a los corintios, restableció su fe y les expuso la tradición que habían recibido de los apóstoles, y que para esta sucesión y tradición se confunden los herejes. “Porque es necesario, dice, que toda Iglesia, es decir, los fieles que son de todas partes vengan (o se unan) a esta Iglesia por su primacía principal, en la que los fieles de todas partes han conservado siempre la tradición que viene de los apóstoles” (Adv. Haer.)

— **Tertuliano**, presbítero de Cartago, hacia el año 200, alaba y felicita a la Iglesia de Roma, porque en ella murieron San Pedro como el Señor, y San Pablo como el Bautista. **Orígenes**, su contemporáneo, maestro de la célebre escuela de Alejandría, refiere que San Pedro fue crucificado en Roma, y que lo fue cabeza abajo, a petición suya, por considerarse indigno de morir de la misma manera que su Maestro.

Desde antiguo la sede episcopal de Roma, se llama la cátedra de San Pedro.



Le crucificaron cabeza abajo.

Catálogo de los Papas

Hacia el año 170, **Hegesipo**, convertido del judaísmo a la fe cristiana, vino a instruirse a Roma, y dice que en todas las ciudades por donde pasó preguntó a los obispos y encontró que en todas las Iglesias era la creencia tal como la Ley, los profetas y el Señor la han enseñado, e hizo un catálogo de los obispos de Roma desde San Pedro hasta el Papa Eleuterio (Eusebio Hist. Ecles. I, 4, c. 22).

Entre los diversos, el más antiguo catálogo de los Papas que conocemos, se remonta a los tiempos de dicho Papa Eleuterio (175-189), y en él se pone la lista de ellos desde los primeros años de la Iglesia: Pedro, Lino, Anacleto, Clemente, Evaristo, etc.

La lista catálogo de los primeros obispos de Roma que empieza por San Pedro y la confirman Ireneo, Tertuliano, Epifanio, San Agustín y otros muchos que nos transmitieron estos catálogos, ¿no son ya pruebas más que suficientes para afirmar que la residencia y la muerte de San Pedro en Roma son ciertamente auténticas?

Desde Pedro a Juan Pablo II ha habido 264

Papas que han gobernado la Iglesia de Jesucristo como Vicarios suyos, y pueden verse en la lista que va a continuación. Ante tantos datos positivos, ¿quién puede negar el origen apostólico y la Jerarquía de la Iglesia, sino los llevados de la ignorancia o ceguedad?

LOS PAPAS

San Pedro	67	San Dionisio	259-68
San Lino	67-76	San Félix I	269-74
San Anacleto		San Eutiquiano	275-83
(Cleto)	76-88	San Cayo	283-96
San Clemente	88-97	San Marcelino	296-304
San Evaristo	97-105	San Marcelo I	308-09
San Alejandro I	105-115	San Eusebio	310
San Sixto I	105-25	San Melquíades	311-14
San Telesforo	125-36	San Silvestre I	314-35
San Higinio	136-40	San Marcos	336
San Pío I	140-55	San Julio I	337-52
San Aniceto	155-66	Liberio	352-66
San Sotero	166-75	San Dámaso	366-84
San Eleuterio	175-89	San Siricio	384-99
San Víctor I	189-99	San Anastasio	399-401
San Ceferino	199-217	San Inocencio I	401-17
San Calixto I	217-22	San Zósimo	417-18
San Urbano I	222-30	San Bonifacio I	418-22
San Ponciano	230-35	San Celestino I	422-32
San Antero	235-36	San Sixto III	432-40
San Fabián	236-50	San León (el Grande)	440-61
San Cornelio	251-53	San Hilario	461-68
San Lucio I	253-54	San Simplicio	468-83
San Esteban I	254-57	San Félix II (III)	483-92
San Sixto II	257-58		

San Gelasio I	492-96	Juan V	685-86
Anastasio II	496-98	Conón	686-87
San Simaco	498-514	San Sergio I	687-701
San Hormidas	514-23	Juan VI	701-05
San Juan J. Mr.	523-26	Sisinio	708
San Félix III (IV)	526-30	Constantino	708-15
Bonifacio II	530-32	San Gregorio II	715-31
Juan II	533-35	San Gregorio III	731-41
San Agapito I	535-36	San Zacarías	741-52
San Silverio, Mr.	536-37	Esteban II	752
Virgilio	537-55	Esteban III	752-57
Pelagio I	556-61	San Pablo I	757-67
Juan III	561-74	Esteban IV	768-72
Benedicto I	575-79	Adriano I	772-95
Pelagio II	579-90	San León III	795-816
San Gregorio I		Esteban V	816-17
(el Grande)	590-604	San Pascual I	817-24
Sabianiano	590-06	Eugenio II	824-27
Bonifacio III	607	Valentín	827
San Bonifacio IV	608-15	Gregorio IV	827-44
San Adeodato I	615-18	Sergio II	844-47
Bonifacio V	619-25	San León IV	847-55
Honorio I	625-38	Benedicto III	855-58
Severino	640	San Nicolás I	858-67
Juan IV	640-42	Adriano II	867-72
Teodoro I	642-49	Juan VIII	872-82
San Martín I		Martín I	882-84
(Mártir)	649-55	San Adriano III	884-85
San Eugenio I	655-57	Esteban VI	885-91
San Vitaliano	657-72	Formoso	891-96
Adeodato II	672-76	Bonifacio VI	896
Dono I	676-78	Esteban VII	896-97
San Agatón	678-81	Romano	897
San León II	682-83	Teodoro II	897
San Benedicto II	684-85	Juan IX	898-900

Benedicto IV	900-03	Dámaso II	1048
León V	903	San León IX	1049-54
Sergio III	904-11	Víctor II	1055-57
Anastasio III	911-13	Esteban X	1057-58
Lando	913-14	Nicolás II	1059-61
Juan X	914-28	Alejandro II	1061-73
León VI	928	San Gregorio VII	1073-85
Esteban VIII	928-931	Bto. Víctor III	1086-87
Juan XI	931-35	Bto. Urbano II	1088-99
León VII	936-42	Pascual II	1099-1118
Martín II	942-46	Gelasio II	1118-19
Agapito II	946-56	Calixto II	1119-24
Juan XII	956-63	Honorio II	1124-30
León VIII	963-64	Inocencio II	1130-43
Benedicto V	964-65	Celestino II	1143-44
Juan XIII	965-72	Lucio II	1144-45
Benedicto VI	973-74	Bto. Eugenio III	1145-53
Benedicto VII	974-83	Anastasio IV	1153-54
Juan XIV	983-84	Adriano IV	1154-59
Juan XV	985-96	Alejandro III	1159-81
Gregorio V	996-99	Lucio III	1181-85
Silvestre II	999-1003	Urbano III	1185-87
Juan XVII	1003	Gregorio VIII	1187
Juan XVIII	1004-09	Clemente III	1187-91
Sergio IV	1009-12	Celestino III	1191-98
Benedicto VIII	1012-24	Inocencio III	1198-1216
Juan XIX	1024-32	Honorio III	1216-27
Benedicto IX	1032-44	Gregorio IX	1227-41
Silvestre III	1045	Celestino IV	1241
Benedicto IX, 2ª vez	1045	Inocencio IV	1243-54
Gregorio VI	1045-46	Alejandro IV	1254-61
Clemente II	1046-47	Urbano IV	1261-64
Benedicto IX, 3ª vez	1047-48	Clemente IV	1265-68
		Bto. Gregorio X	1271
		Bto. Inocencio V	1276

Adriano V	1276
Juan XXI	1276-1277
Nicolás III	1277-80
Martín IV	1281-85
Honorio IV	1285-92
San Celestino V	1294
Bonifacio VIII	194-1303
Bto. Benedicto XI	1303-04

En Aviñón

Clemente V	1305-14
Juan XXII	1316-34
Benedicto XII	1334-42
Clemente VI	1342-52
Inocencio VI	1352-62
Bto. Urbano V	1362-70
Gregorio XI	1370-78

*Gran Cisma de Occidente
Papas romanos*

Urbano VI	1378-89
Bonifacio IX	1389-1404
Inocencio VII	1404-06
Gregorio XII	1406-15
<i>Alejandro V</i>	1409-10
<i>Juan XXIII</i>	1410-15

Papas de Aviñón

<i>Clemente VII</i>	1378-94
<i>Benedicto XIII</i>	1394-1415

Fin del Gran Cisma

Martín V	1417-31
Eugenio IV	1431-47
Nicolás V	1447-55
Calixto III	1455-58
Pío II	1458-64
Paulo II	1464-71
Sixto IV	1471-1484
Inocencio VIII	1484-92
Alejandro VI	1492-1503
Pío III	1503
Julio II	1503-1513
León X	1513-21
Adriano VI	1522-23
Clemente VII	1523-34
Paulo III	1534-49
Julio III	1550-55
Marcelo II	1555
Paulo IV	1555-59
Pío IV	1559-65
San Pío V	1566-72
Gregorio XIII	1572-85
Sixto V	1585-90
Urbano VII	1590
Gregorio XIV	1590-91
Inocencio IX	1591
Clemente VIII	1592-1605
León XI	1605
Paulo V	1605-21
Gregorio XV	1621-23
Urbano VIII	1623-44
Inocencio X	1644-55
Alejandro VII	1655-67
Clemente IX	1667-69
Clemente X	1670-76
Inocencio XI	1676-89

Alejandro VIII	1689-91	Gregorio XVI	1831-46
Inocencio XII	1691-1700	Pío IX	1846-78
Clemente XI	1700-21	León XIII	1878-1903
Inocencio XIII	1721-1724	San Pío X	1903-14
Benedicto XIII	1724-30	Benedicto XV	1914-22
Clemente XII	1730-40	Pío XI	1922-39
Benedicto XIV	1740-58	Pío XII	1939-58
Clemente XIII	1758-69	Juan XXIII	1958-63
Clemente XIV	1769-74	Pablo VI	1963-1978
Pío VI	1775-99	Juan Pablo I	26-8-1978 al 28-9-1978
Pío VII	1800-23	Juan Pablo II	elegido Papa 16-10-1978
León XII	1823-29		
Pío VIII	1829-30		

Hasta Juan Pablo II, 264 Papas

Hasta el presente ha habido 264 Papas que han regido la Iglesia de Dios. Los Papas de los cinco primeros siglos (en número de sesenta, hasta el año 540) son venerados como santos; treinta y tres de ellos sufrieron el martirio. El Papa de más largo pontificado fue Pío IX que rigió la Iglesia 32 años. San Pedro y León XIII 25 años, y sólo trece la rigieron más de diecisiete años.

Muchos vivieron hasta la edad de ochenta años, y el de mayor longevidad fue Gregorio IX, que, elegido, a los ochenta y seis años, vivió hasta cerca de ciento (m. 1241).

Cuanto a la nacionalidad, los ha habido italianos (los más, unos 200), franceses (15), griegos (14), sirios (8) alemanes (6), españoles (5), africanos, ingleses, etc. y polacos sólo el actual Juan Pablo II.

Los enemigos de la Iglesia católica suelen hablar con menosprecio del Pontificado, porque ha habido algunos Papas malos; pero diremos como el abate Darras: "Al considerar la historia de dos o a

lo más tres Pontífices que entre los existentes han manchado su honor personal con faltas graves, es menester ver el dedo de la Providencia, que permite flaquezas hasta en el trono pontificio. Pero es muy cierto que jamás ha sido alterado el sagrado depósito de la fe”.

La verdad es que entre los 264 Papas que ha habido, si hubo algunos que no estuvieron a la altura de su dignidad (algunos apuntan hasta diez, máxime en la “edad de hierro”), es una prueba más para decir que ésta es una institución divina que los hombres no han podido ni podrán hacer desaparecer. Pero también diremos que no es menos cierto que sus faltas se suelen exagerar sobremanera, y que no hay estado ninguno en la tierra, donde se hallen tan grandes santos y hombres de elevado carácter, hombres tan sabios, tan ilustres e irrepreensibles y tan grandes bienhechores de la Humanidad, como el Pontificado romano.

¿Quién no admira la sabiduría y santidad de los Papas de este siglo que hemos conocido? Todos ellos han brillado como antorchas de saber, y en sus numerosas encíclicas señalan y enseñan a resolver todas las dificultades que aquejan a la sociedad contemporánea. Y ¿qué decir de la figura prestigiosa y significativa del nuevo pastor de la Iglesia Universal y Vicario de Cristo Juan Pablo II? Todos reconocen que es un gran teólogo y filósofo, experto en moral y en teoría del mar-

xismo, con gran sentido de la modernidad, con profunda ternura mariana, luchador por la fe, apasionado y amante del Concilio, hombre enérgico y piadoso, gran sabio humilde y políglota. A él le aplicó Fulton Sheen la frase del poeta Slovki: “Un Papa eslavo limpiará las Iglesias y las dejará hermosas”. El Señor nos lo conserve muchos años para bien de la Iglesia y del mundo.

Pedro sería el primer Papa

Merece considerar detenidamente la gran caída de Pedro negando a su Maestro durante la Pasión. Si los hombres hubiésemos podido elegir Papa —teniendo presente la grave falta de Pedro—, sin duda nunca lo hubiéramos elegido a él. ¡Qué distintos son nuestros juicios de los de Dios!

La dignidad a que había sido elevado este apóstol, no le impidió ciertamente el dar una tal caída negando a su Maestro; pero la prontitud y amargura de su arrepentimiento, el valor de que se vio animado después de haber recibido el Espíritu Santo, y la constancia de su martirio, repararon completamente esta falta.

“Con este ejemplo, dicen los Padres de la Iglesia, ha querido Dios manifestar que los justos deben temer siempre su debilidad, y que los pecadores penitentes pueden esperar todo de la misericordia divina”.

Si bien lo notamos, Jesucristo, después de su resurrección, lejos de echar en cara a Pedro su poca fidelidad, lo trató siempre con la misma bondad que antes.

De todos modos Pedro lavó bien la culpa con el arrepentimiento y después que se le confirió el Primado de la Iglesia y fue lleno del Espíritu Santo, llenó su misión arrastrando tras sí las multitudes con su predicación ejemplar, con sus virtudes, sus milagros y sus escritos.

Las negaciones de Pedro

Vamos a recordar las negaciones de Pedro, cuando nuestro Señor fue preso y él le seguía a distancia.

Notemos primeramente que Jesús que le estaba demostrando a cada paso que El era Dios con su doctrina y sus milagros, le iba a dar una nueva prueba de su divinidad con sus predicciones (pues sólo Dios conoce el porvenir), y El que días antes les había dicho que iría a Jerusalén donde padecería mucho, sería muerto, pero que al tercer día resucitaría (Mt. 16,21), les previene ahora que le abandonarán aterrados por el miedo (Mt. 26,36) en los momentos de su pasión, y que todos sin excepción iban a sucumbir, hasta Pedro a quien anuncia su pecado y su conversión y cómo debía luego confirmar a sus hermanos en la fe.

Después volviéndose hacia Pedro, le dijo gravemente:

“Simón, Simón, he aquí que Satanás os ha

ha reclamado para zarandearos como trigo, mas yo he rogado por ti, para que no desfallezca tu fe; y tú, una vez convertido, confirma a tus hermanos” (Lc. 23,31-32).

Con estas palabras de manifiesta importancia en el orden dogmático, hacía Jesús a su apóstol una magnífica promesa, semejante a aquella otra con que meses antes había recompensado su gloriosa confesión; pero se ve que un peligro acecha a Pedro, porque Satanás está haciendo esfuerzos inauditos por perderle a él y a los demás apóstoles. Como antiguamente, en el caso del santo Job (1,6-12; 2,1-7), parece como que el príncipe de los demonios hubiese pedido permiso para “cribarlos”, tentarlos, para quebrantar su fe y aniquilar, si fuera posible la Iglesia de Cristo en sus mismos fundamentos; pero a la petición y esfuerzos de Satanás, Jesús ha opuesto ya su oración: “Yo he rogado por ti”, especialmente por Pedro, y así su fe no experimentaría un total desfallecimiento.

Pero Pedro, al que Jesús había prometido el Primado de su Iglesia y las llaves del reino de los cielos, el que había sido instruido por El durante tres años, el que le había visto hacer tantos milagros y hasta recibido de El tantos beneficios, veremos que cae miserablemente en el pecado, abandonando a Jesús y renegando de El.

Todos os escandalizaréis por Mi, le dice Jesús...



— ¡Adónde vas, Señor? Quo vadis?

Yo, dice Pedro, yo jamás (Mt. 26,33). Me negaréis y me abandonaréis, y vuelve a decir: **Yo te seguiré hasta la muerte...** Ya Jesús le previene para que no confíe en sí, pues **“antes que el gallo cante me negarás tres veces”**, y ¿qué sucede? Que primero una mujerzuela, y luego otra y otros le dijeron: **“Tú eres de los discípulos de este hombre... y tu misma habla te delata”**... Y él contesta: **“Yo no lo conozco”** y esta negación por tres veces y hasta con juramento... ¡Con que no lo conoces y le seguiste como apóstol, dejando las redes cuanto te llamó..., fuiste su discípulo predilecto, viste su gloria en el Tabor, le dijiste que a quién irías sino a El que tenía palabras de vida eterna, te prometió el Primado cuando le dijiste: **Tú eres Cristo, el Hijo de Dios vivo, y no le conoces?...** ¡oh, cómo nos ciega la pasión! Las causas de la caída de San Pedro fueron la presunción, la negligencia en la oración, pues se durmió cuando debía orar, **“¿No pudiste una hora velar conmigo?”** y la imprudencia, el no evitar la ocasión del pecado.

Después de la caída oyó el canto del gallo, y se acordó de las palabras de Jesús: **“Antes que el gallo cante, me negarás tres veces”**, y en aquel momento pasó por allí nuestro Señor con el rostro cubierto de esputos. Acababa de ser azotado **“y volviéndose el Señor, miró a Pedro con una compasión indescriptible. Pedró podía negar al “hombre”, pero Dios seguía amando al hombre**

Pedro...

Y, saliendo afuera, lloró amargamente (Lc. 22,62). Pedro se sentía ahora lleno de remordimiento al pensar que había traicionado a su Maestro. Durante toda su vida llorará al canto del gallo, y las lágrimas cavarán como dos surcos en sus enflaquecidas mejillas. ¡Felices lágrimas!

En realidad, Pedro no negó que Cristo fuese Hijo de Dios. Negó conocer a aquel "hombre, o que fuera uno de sus discípulos. Pero fue infiel al Maestro". Y, sin embargo, como dice Fulton Sheen, sabiendo todas las cosas, el Hijo de Dios hizo de Pedro, y no de Juan, la Roca sobre la cual edificaría su Iglesia, a fin de que los pecadores y los débiles no desearan jamás". Pedro pecó, pero lloró su pecado y por la eficacia de la oración de Cristo, no perdió el derecho de confirmar a sus hermanos en la fe.

Jesús confirió el Primado a Pedro

Jesús después de su resurrección se apareció a sus apóstoles en el lago de Tiberíades, y entonces confirió a Pedro el Primado, que le había prometido cuando le dijo que sería la **piedra** sobre la que la Iglesia reposaría (Mt. 16,18), pues el Jefe supremo sirve para el mantenimiento de la unidad.

Con la disposición de la Cabeza suprema se evita la ocasión de las divisiones (S. Jerónimo).

Como un buque sin piloto corre a un cierto naufragio, y un ejército sin general es segura presa del enemigo, así se desharía la Iglesia si faltara su Cabeza y la clave de su unidad (S. Crisóstomo).

Por eso los enemigos de la Iglesia combaten sobre todo a su Jefe supremo, para que, suprimido el Piloto de la Iglesia, venga a naufragar (S. Cipriano).

En aquella ocasión, Jesús vuelto a Pedro, que le había negado tres veces, le pidió una triple afirma-

ción de amor. La confesión del amor debe preceder al acto de conferir la autoridad; autoridad sin amor es tiranía. La condición de un buen gobierno es el amor.

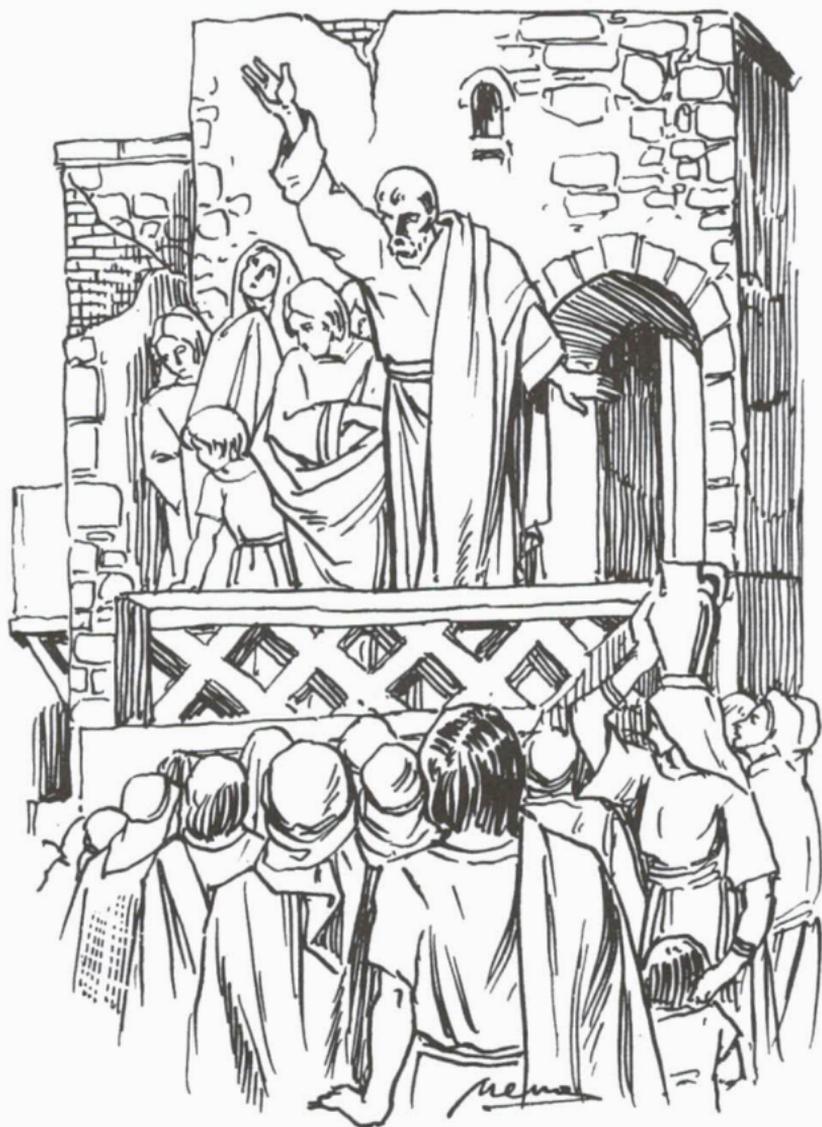
*Simón, hijo de Jonás,
¿me amas más que éstos? (Jn. 21,5)*

Pedro, que había conocido su debilidad en negar a su Maestro, al decirle por tercera vez si le amaba, se limitó a contestarle: **“Señor, tú lo sabes todo, tú sabes que te amo”**. Entonces Jesús le confirió el Primado de jurisdicción con estas palabras:

Apacienta mis ovejas, apacienta mis corderos... (Jn. 21,15-17)

Las “ovejas” y “corderos” representan todo el rebaño o Iglesia de Cristo (a los obispos y a los fieles), y la palabra “apacentar” refiriéndose a los hombres significa “gobernar” (Véase 2 Sam. 5,2; Hech. 20,28). Pedro, pues, que había recibido el poder de gobernar sobre toda la Iglesia, era el que tenía que apacentarla con pastos saludables de buena doctrina. El es su supremo pastor.

Pedro ejerció su primado después de la Ascensión del Señor al cielo, y así vemos que dispuso de la elección de San Matías (Hech. 1,15) y fue el primero en anunciar el mensaje de Cristo y dar testimonio de El (Hech. 2,14 s; 4,8; 10,1 s).



Pedro, desde la terraza, les habló y convirtió cerca de tres mil personas.

Uno que lea los Hechos de los Apóstoles, reconocerá que Pedro se presentó como Jefe de los apóstoles, predicando en nombre de todos, el día de Pentecostés; él recibió en la Iglesia a los primeros judíos, convirtiendo en un sermón a tres mil y luego a cinco mil; más tarde recibió en Cesarea a los primeros gentiles; hizo aquel gran milagro del tullido en la puerta del templo, al decirle: **“yo no tengo oro ni plata, pero te doy lo que tengo, en nombre de Jesús Nazareno levántate y anda”**, y se levantó completamente sano alabando a Dios en presencia de todos, y luego curó a Eneas, que estaba parálítico desde hacía ocho años, y resucitó en Jope (Jafa) a una discípula, llamada Tabita... (Hech. 8,33 ss), y tal era la fama de santidad de Pedro, que las gentes sacaban a las calles a los enfermos y los ponían en lechos o camillas, para que, llegando Pedro, siquiera su sombra los cubriese, y curó a muchedumbre de enfermos que concurrían de las ciudades vecinas a Jerusalén (Hech. 5,14-16)...

También la opinión de Pedro prevaleció en el Concilio celebrado por los apóstoles en Jerusalén (a. 51). El estableció varios años su sede en Antioquía, en donde fundó una cristiandad floreciente. Volvió a Jerusalén, en donde fue encarcelado y salió milagrosamente de la prisión.

Es de notar la valentía del apóstol en sus sermones después de Pentecostés, ya no es aquel Pedro tímido que niega a su Maestro ante las



-En nombre de Jesús Nazareno, ¡levántate y anda!

palabras de aquellas mujeres al delatarlo discípulo suyo, sino que valientemente dice a los judíos: “Vosotros matasteis al autor de la vida, y nosotros somos testigos”, y cuando le prohíben predicar la doctrina de Jesús, les dice: “Conviene obedecer a Dios antes que a los hombres”.

Parece ser que sobre el año 42 llegó a Roma, en donde inauguró el culto del verdadero Dios. Como en el año 47, el emperador Claudio expulsase de Roma a todos los judíos, Pedro se retira a Oriente, y después de presidir el primer concilio de Jerusalén y de la muerte de Claudio, en el año 54 vuelve a Roma, de la que hace su residencia habitual hasta su martirio, y desde allí escribió las dos cartas que llevan su nombre.



Al pasar, Pedro con su sombra los curaba.

Jerarquía perpetua en la Iglesia

Diremos breves palabras de esta jerarquía ya que algunas sectas se atreven a negarla. ¿Quién no ve que el ministerio de los apóstoles se perpetúa en sus sucesores hasta el fin del mundo, y a ellos les promete Jesucristo su asistencia hasta el fin de los siglos? La jerarquía perpetua es una consecuencia de la indefectibilidad de la Iglesia (Mt. 28,20).

Además los apóstoles conforme al mandato de Cristo, comunicaron sus poderes a otras personas, mediante la imposición de las manos (Hech. 14,23; 1 Tim. 4,14). San Pablo a Timoteo y a Tito, y éstos como los demás apóstoles, constituían presbíteros por las diversas ciudades (Tito 1,5; 2 Tim. 1,6), pues eran “**puestos por el Espíritu Santo para apacentar la Iglesia de Dios**” (Hech. 20,28), y así han continuado durante veinte siglos hasta nuestros días como puede comprobarse por la historia.

La lista de los Papas habla ya claramente de la

continuidad de la jerarquía de la Iglesia y que ésta es verdaderamente apostólica, porque trae su origen de los apóstoles y el Papa y los obispos son sus legítimos sucesores.

San Pedro en su 2ª carta (2,1) dice: **“Como hubo en el pueblo profetas falsos, así habrá falsos doctores, que introducirán sectas perniciosas, llegando hasta negar al señor que los rescató...”**

¿Quién no reconoce que hoy son ya muchas las sectas existentes, y que no pueden trazarnos su genealogía desde los apóstoles?

Empezando por el protestantismo tenemos que decir de él que es una rama desgajada del tronco de la Iglesia Romana en el siglo XVI. Hace quinientos años ¿dónde estaban las iglesias de los luteranos y calvinistas? En ninguna parte. Que nos digan éstos (divididos hoy en más de 300 sectas)... y los Adventistas, Mormones, Testigos de Jehová y tantos otros de los tiempos actuales, cuando los envió Jesucristo a predicar SU doctrina y que nos muestren cuál de los apóstoles fundó su secta.

El Evangelio y la Historia nos dicen con claridad que el verdadero fundador de la Iglesia Romana, a la que sólo le competen las notas de unidad, santidad, catolicidad y apostolicidad, es Jesucristo, quien la fundó sobre Pedro.

A los apóstoles y sus sucesores son a los que Jesucristo ha dicho: **“El que a vosotros oye, a Mí me oye; el que a vosotros desprecia, a Mí me**

desprecia” (Lc. 16,16).

Pedro, por tanto, no muere, ha sobrevivido en la serie de los 264 Papas ya enumerados que ha habido después de él y actualmente sobrevive en la persona de su sucesor Juan Pablo II.

Advertencia

Conviene saber que los protestantes suelen presentar el “incidente de Antioquía” (Gál. 2,11-14) contra el Primado de Pedro y su infalibilidad; mas advertimos que no se trata de ningún hecho dogmático, pues como dijo Tertuliano: “el yerro de Pedro fue de comportamiento no de doctrina”. Tal incidente no fue más que una falta de previsión de Pedro, y si San Pablo se le opuso a su manera de obrar, fue porque reconocía precisamente su autoridad, y debido a ésta (la que no atacó) podía arrastrar a otros a las observancias judaicas, las que no obligaban, según el Concilio de Jerusalén, a los cristianos provenientes del paganismo. Si San Pedro se abstuvo de participar en comidas con los convertidos gentiles haciendo así distinción entre alimentos puros e impuros, (Hech. 10, 5-10), fue sin duda ya por condescendencia o por temor a reacciones violentas”.

En consecuencia: Pedro aceptó con toda humildad las críticas, bien intencionados de Pablo,

que se hacían a su conducta, no a su doctrina, y si se mostró tolerantè y conciliador con los judíos, era por estar convencido de que el tiempo y la predicación irían limitando las asperezas. Al fin Pedro fue el que en el Concilio de Jerusalén dijo que no era necesaria la circuncisión y que en realidad no obligaba la ley mosaica.

Camino de la Cruz

La cruz, los sufrimientos, las persecuciones son la herencia de la Iglesia. Jesucristo lo dijo: "A Mí me han perseguido y a vosotros os perseguirán. No es el siervo mayor que su señor" (Jn. 15,20). Además, Cristo que nos redimió por la cruz, nos invita a seguirle por el camino de la cruz (Mt. 16,24) porque es el que nos conduce a la gloria (Hech. 14,21).

Cuando nuestro Señor dijo a Pedro en Cesarea de Filipo, que era necesario ir a Jerusalén para ser crucificado, Pedro protestó ante la repugnancia que esta humillación le inspiraba, pues él creía que la gloria había de alcanzarse sin sufrimientos, y por eso se opuso también a que le lavara los pies, porque él rechaza el ejemplo de humillación que conducía a la cruz.

El misterio de aquella humillación, le era a Pedro incomprensible; pero al oír que no tendría parte o comunión con Jesús, si no se dejaba lavar los pies, la frase del Maestro le humilló de tal

manera que se confió a El totalmente, diciéndole: Señor, no solamente mis pies, sino también mis manos y mi cabeza (Jn. 13,9).

Pedro no había comprendido que Jesús había venido a salvarnos por el camino de la cruz, que por muchas tribulaciones teníamos que entrar en el Reino de Dios, y que la misma entrada de Cristo en su gloria fue conforme a las profecías: “¿No era preciso que el Mesías padeciese esto y entrase en su gloria” según vaticinaron los profetas? (Lc. 22,25-26).

El sufrimiento nos asemeja a Cristo... Pedro, después de haber cumplido con su misión apostólica y sostener el valor de los mártires durante la persecución de Nerón, al arreciar ésta, dice una tradición que los fieles de Roma aconsejaron al apóstol que evitase el peligro con la huída. El cedió a sus instancias y consintió en alejarse, mas sucedió que al llegar a las afueras de Roma, de repente vio que Jesucristo penetraba en la ciudad y entonces el apóstol exclamó: “¿A dónde vas, Señor? Quo vadis?, y el Salvador le respondió: “A Roma, a ser crucificado de nuevo”. Entendió Pedro, y volvió sobre sus pasos.

La hora de su martirio va a sonar. Designa a su sucesor. Es encerrado en la prisión Mamertina con San Pablo, el doctor de las gentes, y el 29 de junio del 67, fueron sacados los dos del calabozo para ser conducidos a la muerte. Condenado San Pedro a morir en la cruz, pidió a su verdugo que lo pusiera

cabeza abajo, no juzgándose como ya dije, digno de morir como su Maestro. Tenía entonces unos setenta y cinco años. Había ejercido su primacía doce años en Jerusalén y Antioquía y veinticinco en Roma.

APENDICE

¿Quién es el Papa?

Ahora a la luz de lo expuesto anteriormente acerca del primado y su colación, descritos en el Evangelio, preguntaremos de nuevo: ¿Quién es el Papa? concretando diré:

— El Papa es el fundamento de una Iglesia inmortal... “Sobre esta piedra o roca edificaré mi Iglesia.” El Papa es el que la da unidad y estabilidad a la Iglesia. El Papa que representa a Cristo, muere; pero su primacía por no ser un privilegio personal sobrevive al hombre que desaparece y pasa enteramente a su sucesor. El Papa ha muerto. ¡Viva el Papa! Quien sucede a Pedro sucede a su poder. Pedro, pues, persevera y vive. El Primado, por tanto, y toda la autoridad de Pedro, primer Papa, pasa a sus sucesores los obispos de Roma (Conc. Vaticano I y II).

La voluntad de Cristo es que Pedro tenga sucesores hasta el fin del mundo. No habrá, pues, época

alguna en que la Iglesia hasta el fin del mundo no tenga Papas. ¡Cuántos tronos han caído en el decurso de los siglos, cuántos imperios y pueblos han desaparecido de la faz de la tierra, mas el Pontificado siempre dura y permanece en pie! **Y las puertas del infierno** (las herejías y persecuciones) **no prevalecerán contra él.**

— **El Papa es infalible.** Infalible no quiere decir “impecable”. Ya hemos hablado del pecado de Pedro, primer Papa y de otros que pecaron. El Papa es hombre que puede ser santo o culpable, tiene pasiones que vencer y virtudes que practicar. El Papa, como persona particular, no es infalible, se puede equivocar como otro hombre cualquiera en sus negocios o sus juicios, vg. al echar una cuenta, al hablar de geología o de medicina...

Cuando es infalible, cuando no se puede equivocar o errar es en las cosas de fe y de moral al hablar como supremo pastor y maestro a los fieles de la Iglesia entera, porque es “piedra” y Cristo quiso hacerlo “fundamento de toda la Iglesia” para darle unidad y estabilidad o solidez, sin la cual no sería posible conservar la verdadera fe, y porque le prometió su ayuda eficaz al decirle: “Yo estaré con vosotros hasta el fin del mundo”.

Luego Pedro (y por tanto sus sucesores) es el supremo Maestro en la fe en toda la Iglesia y por lo mismo es infalible.

El magisterio de la Iglesia reside en el Papa y

los obispos. Ellos forman la Iglesia docente con los sacerdotes sus “colaboradores”, pues ellos recibieron del Señor la misión de enseñar a todas las gentes (Mt. 28,19) y la de santificar por medio de los sacramentos y la de perdonar los pecados (Jn. 20,23).

Resumiendo: ¿Quién es el Papa?

Cuando fue elegido Juan Pablo II, la nota oficial que se facilitó en la sala de prensa del Vaticano, en la que mil informadores fueron partícipes, por igual, de esta sorpresa, fue la siguiente:

“El cardenal Wojtyla es el nuevo pastor de la Iglesia Universal, Vicario de Cristo y obispo de Roma, sucesor del príncipe de los apóstoles, principio, fundamento y unidad de todo el pueblo de Dios” (16-X-1978).

En estas breves palabras se nos dice en resumen quién es el Papa y cuáles son sus poderes. El Vaticano II lo dirá así: “El Papa tiene potestad plena, suprema y universal sobre la Iglesia (sobre todos, esto es obispos o pastores y fieles) que puede ejercer siempre libremente. Y esta potestad no la tiene como cabeza del colegio, sino en virtud de su cargo u oficio de Vicario de Cristo y Pastor de toda la Iglesia”. Al Papa, pues, le compete una potestad primacial y plena (CD. 2).

El colegio episcopal tiene también plena y su-

prema potestad en la Iglesia, pero no puede ejercerla, sino con el consentimiento del Romano Pontífice, y sobre la Iglesia universal “se ejerce de modo solemne en el Concilio ecuménico” (CD. 4).

¿Qué decir de los presbíteros?

Estos son los “colaboradores de los obispos”, y aunque no tengan el grado supremo del sacerdocio (como los obispos), sin embargo, su dignidad sacerdotal es grande, y “toman sobre sí una parte” de los oficios y solicitud del obispo, y bajo su autoridad trabajan en la parte “a ellos adjudicada”, en la que hacen presente al obispo y colaboran así “a la edificación de todo el cuerpo de Cristo”.

Por lo que hace a los “diaconos”, éstos reciben la imposición de manos “para el ministerio”, y pueden administrar solemnemente el bautismo, distribuir la Eucaristía, bendecir el matrimonio, instruir a los fieles, etc.

Como el Papa con los obispos y sacerdotes son los que nos conducen con sus enseñanzas por el camino que nos lleva a Dios, es menester que tengamos presente la dignidad sacerdotal, fomentar las vocaciones y como buenos cristianos sepamos respetarlos y orar por ellos, especialmente por el Romano Pontífice al que debe vivir unida la

Iglesia entera.

“La dignidad de los sacerdotes, dice San Jerónimo, es grande, pero su ruina también es grande, si pecan. Alegrémonos por su elevación, pero temblemos por sus culpas”, “Es preciso que la conducta corresponda a la dignidad“, dice San Ambrosio, y porque pueden pecar, deber de los fieles es orar por ellos y saber tapar sus faltas con el manto de la caridad. La Iglesia necesita sacerdotes santos. La Iglesia docente y discente, cuando parece ir a la deriva, debe volverse a Dios y oír la voz del Vicario de Cristo.

Termino dando un consejo a los jóvenes:

Juan Pablo II dice frecuentemente que confía en vosotros por ser la esperanza del mañana. Tal vez algunos de los que leéis estas páginas vayáis por caminos torcidos, pero podéis rectificar, salir del pecado e ir por la senda del bien e incluso ser sacerdotes apóstoles de vuestros hermanos los hombres, como lo hicieron un día Agustín de Hipona y Pablo de Tarso, que en su juventud, el uno se dejó arrastrar por las pasiones y el otro fue blasfemo y perseguidor de la Iglesia, pero se volvieron a Dios y fueron grandes santos y apóstoles del bien. En los Seminarios no entran los santos, se entra para serlo.

Pensad en el sacerdocio. Grande es la dignidad sacerdotal. “Nada hay en la tierra que la pueda igualar” (S. Ambrosio). “¡Oh sacerdotes! Dios os ha puesto por encima de los reyes y de los emperadores y hasta por encima de los ángeles” (San Bernardo). ¿Qué te impide abrazar el sacerdocio? A muchos les cuesta vencer las pasiones o

abrazarse al celibato, a una vida de vencimiento, pero lo lograrás, si antepones el amor a Dios a todos los amores terrenos, si te esfuerzas con la gracia de Dios, recepción frecuente de sacramentos e imploras la protección de la Virgen Inmaculada, y llevas vida de oración y vigilancia de sentidos.

La Iglesia tiene necesidad de sacerdotes para cumplir su misión y tu puedes ser uno de ellos. En medio de tantas medianías y almas vulgares, se necesitan jóvenes de voluntad y de una entrega decidida al servicio de Dios.

El mundo camina a la ruina... Masas inmensas de hombres caminan por el mundo sin rumbo, sin fe, sin saber de donde vienen, ni a donde van... Hay muchos jóvenes llenos de dudas, de incertidumbres, de desilusiones, de fracasos... Muchos van desviados, camino del vicio, del crimen... y de la cárcel. ¡Cuántos hombres viciosos, hijos pródigos, hastiados de la vida, sin esperanzas...! Hay que apuntarles un norte, un camino, un sendero... ¡Dura tarea hacerles ver algo más! Hasta que brille en ellos la esperanza de recordar al **Padre común** que un día abandonaron y que sigue esperando, hasta que puedan reflexionar sobre el día de su suprema felicidad...

¿Quién podrá salvarlos? ¿Quiénes pueden ser los libertadores de este mundo? Uno de ellos puedes llegar a ser tú... Los verdaderos libertadores no pueden ser otros que los que están exentos de las lacras de este mundo..., los que están libres

del mal y no son esclavos de las pasiones... ¿Quiénes son estos héroes? Los sacerdotes, especialmente “los sacerdotes santos” y cuantos a ellos se asemejan... Hoy también suena la voz de Cristo, como en el lago de Tiberíades, dirigida a Pedro y sus compañeros: “Venid en pos de Mí y os haré pescadores de hombres”... Si tú oyes esta voz en el fondo de tu alma, no endurezcas el corazón en la maldad...

Oigamos todos la voz de Cristo a través de su Vicario en la tierra, hoy Juan Pablo II, y oremos por él.

INDICE

- Fundación de la Iglesia.
- Los doce apóstoles.
- El cambio de nombre.
- Retrato de Pedro.
- ¿Quiénes eran los apóstoles?
- La confesión de Pedro.
- Primacía de Pedro.
- Claridad de las palabras de Jesús.
- De Pedro a Juan Pablo II.
- Estancia de Pedro en Roma.
- Catálogo de los Papas.
- Hasta Juan Pablo II, 264 Papas.
- Pedro sería el primer Papa.
- Las negaciones de Pedro.
- Jesús confirió el Primado a Pedro.
- Jerarquía perpetua en la Iglesia.
- Camino de la Cruz.

APENDICE

- ¿Quién es el Papa?
 - Es fundamento de una Iglesia inmortal.
 - El Papa es infalible.
 - Resumiendo: ¿Quién es el Papa? - Colegio episcopal.
 - ¿Qué decir de los presbíteros?
 - Un consejo a los jóvenes.